



LES 6 ERMITES DE CULLERA

Un recorrido por la historia, la fe y el patrimonio de una ciudad mediterránea



MARCELINO VALLS PONCE

Una iniciativa del
Club Senderista Xino Xano de Cullera

HISTORIA · PATRIMONIO · NATURALEZA



«Caminar por estos senderos es también caminar por la memoria de nuestro pueblo.»

— Marcelino Valls Ponce

ÍNDICE

(El índice se actualiza automáticamente al abrir el documento en Word — o pulsando Ctrl+A y después F9)

ÍNDICE	3
PRÓLOGO	4
PRESENTACIÓN	5
INTRODUCCIÓN	6
La Ermita de Sant Vicent Ferrer del Brosquil.....	8
La Ermita de Santa Ana.....	11
La Ermita de los Santos Abdón y Senén.....	14
La Ermita de Sant Llorenç	17
La Ermita dels Navarros.....	20
La Ermita de Santa Marta.....	23
EPÍLOGO	26

PRÓLOGO

Las ermitas forman parte del alma de Cullera. Desde hace siglos, estos pequeños templos han acompañado la vida de sus habitantes, convirtiéndose en lugares de oración, encuentro, refugio y tradición. Muchas generaciones han subido hasta ellas para pedir protección, dar gracias o simplemente disfrutar del silencio y de unas vistas privilegiadas sobre el mar, la montaña y la huerta.

Este libro nace con un propósito muy sencillo: dar a conocer y poner en valor las seis ermitas históricas de Cullera, acercando al lector su origen, su evolución, las personas que las habitaron, las leyendas que las rodean y la importancia que han tenido en la historia de la ciudad.

No es únicamente una guía para el visitante. Es también un homenaje a quienes las construyeron, las conservaron y mantuvieron viva su memoria durante siglos. Cada piedra, cada campana y cada imagen guardan una parte de la historia de Cullera.

La publicación acompaña la ruta senderista Les 6 Ermites de Cullera, una experiencia que une naturaleza, patrimonio, historia y cultura, permitiendo descubrir algunos de los rincones más singulares del término municipal.

Esperamos que estas páginas despierten la curiosidad del lector y le animen a recorrer estos caminos con una mirada diferente: la de quien comprende que el patrimonio solo permanece vivo cuando se conoce, se respeta y se comparte.



Bienvenidos a Les 6 Ermites de Cullera.

PRESENTACIÓN

Cullera es una ciudad privilegiada. Su montaña, el río Júcar, el mar Mediterráneo y su fértil huerta han modelado un paisaje único, pero también una historia rica en tradiciones, costumbres y patrimonio. Entre los elementos que mejor representan esa herencia destacan sus ermitas, pequeños templos que, desde hace siglos, forman parte de la identidad del municipio.

Con el paso del tiempo, muchas personas han recorrido los caminos que conducen hasta ellas movidas por la fe, la devoción, la curiosidad o el simple deseo de disfrutar de la naturaleza. Cada ermita conserva una historia propia, ligada a los vecinos de Cullera, a los acontecimientos que marcaron la ciudad y a las generaciones que hicieron posible su conservación.

Este libro nace por iniciativa del Club Senderista Xino Xano de Cullera, con el propósito de acercar ese patrimonio a todos los públicos. La creación de la ruta Les 6 Ermites de Cullera no solo invita a caminar, sino también a descubrir la historia, la arquitectura, las tradiciones y las personas que dieron sentido a estos lugares de recogimiento.

A lo largo de estas páginas el lector encontrará información histórica, descripciones de cada ermita, la vida de los santos a quienes están dedicadas, curiosidades, leyendas y el contexto en el que fueron construidas. El objetivo no es únicamente ofrecer datos, sino ayudar a comprender por qué estos edificios siguen siendo una parte esencial del patrimonio cultural de Cullera.

Este trabajo también quiere rendir homenaje a quienes, de una manera u otra, han contribuido a preservar estas ermitas: sacerdotes, ermitaños y ermitañas, vecinos, asociaciones, voluntarios e instituciones que, con esfuerzo y dedicación, han evitado que el paso del tiempo borrara una parte de nuestra historia.

Confiamos en que este libro sirva para mirar las ermitas con nuevos ojos. Cada una de ellas es un testimonio de la historia de Cullera y un legado que merece ser conocido, respetado y transmitido a las generaciones futuras.



Porque proteger el patrimonio comienza por conocerlo, y caminar por estos senderos es también caminar por la memoria de nuestro pueblo.

INTRODUCCIÓN

Las ermitas son mucho más que pequeños edificios religiosos. Son lugares donde la historia, la espiritualidad, el paisaje y las tradiciones populares se encuentran para formar parte de la identidad de un pueblo. A diferencia de las grandes iglesias parroquiales, las ermitas nacieron como espacios de recogimiento, oración y vida sencilla, generalmente situadas fuera del núcleo urbano, en montañas, caminos, huertas o lugares considerados especiales por su tranquilidad o por algún acontecimiento histórico o religioso.

En Cullera, estas construcciones han acompañado la evolución de la ciudad durante siglos. Algunas surgieron por iniciativa de vecinos devotos; otras fueron impulsadas por cofradías o instituciones religiosas, y todas ellas han desempeñado un importante papel en la vida social y espiritual de la población. En torno a ellas se celebraban romerías, fiestas patronales, rogativas para pedir lluvia o protección frente a epidemias y otros actos que reunían a los habitantes de la ciudad.

Una figura inseparable de muchas ermitas fue la del ermitaño o la ermitaña. Estas personas dedicaban su vida al cuidado del templo y de su entorno. Abrían la ermita a los visitantes, mantenían limpio el edificio, cuidaban de las imágenes y del pequeño patrimonio que albergaba, hacían sonar la campana en determinadas celebraciones y acogían a quienes llegaban en busca de un momento de paz o de oración. Su vida era sencilla y discreta, marcada por el trabajo, la dedicación y el servicio a la comunidad.

Las ermitas también forman parte del paisaje de Cullera. Su ubicación no fue casual. Muchas se levantaron en lugares estratégicos desde donde se domina la costa, la montaña, el río Júcar o la huerta, creando un estrecho vínculo entre el patrimonio religioso y el entorno natural. Quien hoy recorre estos caminos descubre no solo edificios históricos, sino también algunos de los paisajes más bellos y representativos del municipio.

Las seis ermitas que protagonizan este libro constituyen un recorrido por distintas épocas de la historia de Cullera. Cada una posee una personalidad propia, una arquitectura diferente y una historia que merece ser conocida. Juntas forman un conjunto patrimonial de gran valor histórico, artístico, cultural y humano. La ruta Les 6 Ermites de Cullera nace con la voluntad de unir senderismo, patrimonio y cultura. Caminar entre estas ermitas permite comprender mejor la evolución de la ciudad y descubrir rincones que, en muchas ocasiones, pasan desapercibidos para quienes solo conocen la Cullera de sus playas.

Este libro invita al lector a detenerse en cada ermita, observar sus detalles, conocer a los santos a los que está dedicada, descubrir las historias y leyendas que la rodean y comprender el papel que ha desempeñado a lo largo de los siglos.



Porque las ermitas no son únicamente un legado del pasado. Son parte de la memoria colectiva de Cullera y un patrimonio que pertenece a todos. Conocerlas es el primer paso para conservarlas y transmitir las a las generaciones futuras.



CAPÍTULO 1

La Ermita de Sant Vicent Ferrer del Brosquil

Un oratorio que se convirtió en el corazón de un pueblo

EN el extremo sur del término municipal de Cullera, donde la huerta se encuentra con el Mediterráneo y el ritmo de vida conserva todavía la tranquilidad de otros tiempos, se encuentra el Brosquil. Este pequeño núcleo de población ha estado tradicionalmente ligado a la agricultura, a la pesca y a una forma de vida sencilla, profundamente unida a la tierra y al mar.

En este lugar se alza la Ermita de Sant Vicent Ferrer —conocida también como Ermita de San Vicente Ferrer y de los Naranjos, un nombre que recuerda el carácter agrícola de la zona—, uno de los edificios religiosos más queridos por sus vecinos y, al mismo tiempo, uno de los más singulares de Cullera.

Su historia comienza mucho antes de que existiera la propia ermita.

LA CASA MÁS ANTIGUA DEL BROSQUIL

La tradición y la documentación histórica coinciden en señalar que el edificio actual fue levantado durante el siglo XIX aprovechando una nave de la casa más antigua del Brosquil. Aquella vivienda pertenecía a la familia Diego, que había habilitado un pequeño oratorio privado donde se celebraban actos de culto para los habitantes de la zona, que entonces se encontraban muy alejados del casco urbano de Cullera.

Con el crecimiento del poblado, la familia cedió aquel sencillo oratorio a la pedanía, que dejó de ser un espacio familiar para convertirse en un lugar de reunión de toda la comunidad. Así nació la actual ermita, que desde entonces ha acompañado la vida religiosa y social del Brosquil.

Este origen explica el aspecto sobrio del edificio y su perfecta integración entre las viviendas de la pedanía. La ermita no domina el paisaje desde una montaña ni fue concebida como un santuario aislado. Nació del propio pueblo y para el pueblo.

UNA ERMITA ABIERTA A LA VIDA COTIDIANA

A diferencia de otras ermitas de Cullera, utilizadas únicamente en fechas concretas, la de Sant Vicent Ferrer ha mantenido una intensa actividad religiosa: se utiliza semanalmente para el culto y continúa siendo el principal centro espiritual del Brosquil. En ella se celebran misas y actos litúrgicos, especialmente durante las fiestas patronales dedicadas a Sant Vicent Ferrer, cuando vecinos y visitantes llenan sus calles para acompañar al santo en procesión.

Para los habitantes del Brosquil, la ermita representa mucho más que un edificio. Es el lugar donde se han celebrado bautizos, bodas, despedidas y fiestas familiares durante generaciones. Forma parte de la memoria colectiva del barrio.

UN EDIFICIO SENCILLO, PERO LLENO DE IDENTIDAD

Su arquitectura responde al carácter humilde de las ermitas rurales valencianas. La fachada blanca, la espadaña con sus campanas y el pequeño templo transmiten sencillez y equilibrio.

En el interior preside el altar la imagen de Sant Vicent Ferrer, el gran predicador valenciano del siglo XV, cuya devoción continúa profundamente arraigada en toda la Comunidad Valenciana.

En los últimos años el Ayuntamiento de Cullera ha impulsado diversas actuaciones de restauración, desarrolladas en distintas fases junto a la Brigada Municipal de Obras y Servicios y el taller del escultor Jesús Martín «Chule». Los primeros trabajos recuperaron la fachada, la espadaña y el conjunto de campanas; los más recientes se han centrado en las rejas ornamentales originales, incluida la reproducción en forja de una de ellas para colocarla en una ventana que había permanecido tapiada.

Durante estas intervenciones, los trabajos sacaron a la luz la fachada original del siglo XIX, oculta hasta entonces bajo sucesivas capas de encalado y pintura que además habían generado problemas de humedad en el edificio. El mismo proceso permitió documentar con precisión la línea de unión entre el oratorio primitivo y la posterior ampliación, resolviendo un misterio hasta entonces desconocido sobre cómo había crecido la ermita a lo largo del tiempo.

Todas estas actuaciones han permitido recuperar la fachada, la espadaña, las campanas y las rejas originales, garantizando la conservación de este importante patrimonio para las generaciones futuras.

SANT VICENT FERRER

Hablar de esta ermita es hablar también de uno de los valencianos más universales.

Sant Vicent Ferrer nació en Valencia en 1350. Ingresó muy joven en la Orden de Predicadores, los dominicos, destacando por su extraordinaria capacidad para comunicar el Evangelio y por la enorme influencia que ejerció en toda Europa.

Recorrió miles de kilómetros predicando en los antiguos reinos de la Corona de Aragón, Castilla, Francia, Italia y otros territorios europeos. Su palabra reunía a multitudes y contribuyó a resolver conflictos religiosos y sociales de su tiempo.

Fue canonizado en 1455 por el papa Calixto III y desde entonces es uno de los santos más venerados del pueblo valenciano.

La tradición afirma que su padre, Guillem Ferrer, tenía raíces vinculadas a Cullera, circunstancia que ha contribuido a reforzar la devoción local hacia el santo.

LA ERMITA HOY

Quien llega hoy al Brosquil descubre una ermita sencilla, sin grandes dimensiones ni lujosos elementos artísticos, pero precisamente ahí reside su valor.

Cada una de sus piedras habla de la vida cotidiana de una comunidad que supo transformar el oratorio de una casa particular en el corazón espiritual de todo un pueblo.

Es una ermita construida desde la necesidad, mantenida gracias al esfuerzo de sus vecinos y conservada como uno de los símbolos más queridos del Brosquil.

✦ Para el caminante ✦

La ruta de las seis ermitas comienza aquí por una razón muy especial. Antes de ascender montañas o recorrer antiguos caminos, el senderista descubre una historia de proximidad: la de un pequeño oratorio familiar que terminó convirtiéndose en el lugar de encuentro de toda una comunidad.

Quizá ese sea el mayor valor de la Ermita de Sant Vicent Ferrer: recordarnos que el patrimonio más importante no siempre es el más grande, sino aquel que ha permanecido vivo en el corazón de las personas durante generaciones.

♦
II

CAPÍTULO 2

La Ermita de Santa Ana

Una torre que dejó de defender un castillo para custodiar la fe de un pueblo

QUIEN asciende por el antiguo Camino del Calvario hacia el Castillo de Cullera encuentra, en la primera revuelta del camino, un edificio que sorprende desde el primer instante. No parece una ermita. Su aspecto robusto, sus gruesos muros de tapial y su forma cuadrada recuerdan más a una fortaleza que a un templo religioso.

Y, en realidad, ambas cosas son ciertas.

La actual Ermita de Santa Ana fue originalmente una torre musulmana construida en el siglo XIII para defender uno de los accesos al recinto fortificado del castillo de Cullera. Formaba parte de la segunda albacara, un espacio amurallado donde la población podía refugiarse en caso de ataque. Durante siglos fue una pieza clave del sistema defensivo de la antigua Qulayra musulmana. La torre que hoy contemplamos, de dos pisos, planta cuadrada y remate almenado, fue reconstruida en el siglo XVI, tras el saqueo berberisco de 1550, aunque el origen de aquel recinto defensivo se remonta al periodo islámico anterior.

DE FORTALEZA ISLÁMICA A ERMITA CRISTIANA

Tras la conquista cristiana, la torre perdió progresivamente su función militar. Con el paso de los siglos quedó en desuso hasta que, el 26 de julio de 1631, fue bendecida como ermita.

Inicialmente estuvo dedicada a San Rafael Arcángel, aunque más tarde pasó a estar bajo la advocación de Santa Ana, nombre con el que ha llegado hasta nuestros días. A partir de ese momento, un edificio concebido para la guerra se transformó en un lugar de oración, silencio y acogida.

LA VIVIENDA DEL ERMITAÑO

La transformación de la torre obligó a adaptar su interior. La parte superior fue acondicionada como vivienda del ermitaño, encargado de cuidar la ermita, mantener el edificio, atender a los visitantes y conservar viva la devoción.

Su vida era sencilla. Desde aquella atalaya privilegiada contemplaba diariamente la bahía de Cullera, la desembocadura del río Júcar y la huerta, viviendo prácticamente aislado, pero siempre al servicio de la comunidad.

LA LEYENDA DE LA REINA MORA

La torre también es conocida como Torre de la Reina Mora, un nombre que ha dado origen a una de las leyendas más populares de Cullera.

Cuenta la tradición que una joven mora, casada con un rico comerciante, se enamoró del hijo del cadí. Ambos planearon asesinar al marido para vivir libremente su amor. Sin embargo, un loro exótico que el comerciante había traído de un largo viaje escuchó la conversación y repitió las palabras de los amantes delante de su dueño. Gracias a aquel inesperado testigo se descubrió la conspiración y los dos enamorados fueron juzgados y ejecutados.

Sea cierta o no, esta historia ha pasado de generación en generación y forma parte del patrimonio oral de Cullera.

¿QUIÉN FUE SANTA ANA?

Santa Ana es venerada por la tradición cristiana como la madre de la Virgen María y, por tanto, la abuela de Jesucristo.

Aunque los Evangelios no hablan de ella, su historia aparece en antiguos textos cristianos que la presentan como una mujer de profunda fe, casada con San Joaquín. Tras muchos años sin descendencia, ambos recibieron el nacimiento de María como un don de Dios.

Por ello, Santa Ana es considerada patrona de las madres, de las abuelas, de las mujeres embarazadas y de la educación de los hijos. Su festividad se celebra el 26 de julio, fecha especialmente señalada para esta ermita.

UN MIRADOR PRIVILEGIADO SOBRE CULLERA

Además de su valor histórico, la ermita ocupa uno de los lugares más espectaculares del recorrido, justo frente al Barri del Pou, el núcleo antiguo de la población.

Desde su entorno se contempla el casco antiguo de Cullera, el barrio del Pou, el río Júcar, el Mediterráneo y gran parte de la llanura litoral. Es fácil comprender por qué los ingenieros musulmanes eligieron este punto para controlar cualquier movimiento que se acercara al castillo.

Hoy ese mismo lugar invita a detenerse, respirar y contemplar la ciudad desde la historia.

UN PATRIMONIO ÚNICO

La Ermita de Santa Ana reúne en un solo edificio ocho siglos de historia.

Primero fue una torre islámica; después, una fortificación cristiana; más tarde, la vivienda de un ermitaño y finalmente un pequeño templo abierto a la devoción popular. Su valor ha sido reconocido con la declaración de Bien de Interés Cultural, protección reforzada en 1949 y, más tarde, en 1985 por la legislación española de patrimonio histórico.

Pocas construcciones de Cullera resumen con tanta claridad la evolución histórica de la ciudad.

◆ Para el caminante ◆

Al llegar a Santa Ana no solo estamos ante una ermita. Estamos entrando en una antigua puerta del castillo por la que, hace cientos de años, pasaron soldados, comerciantes, peregrinos y vecinos de Cullera. La torre puede visitarse en un horario reducido, por lo que conviene consultar los días y franjas de apertura antes de subir si se quiere conocer también su interior.

Cada uno dejó una pequeña huella. Hoy el senderista añade la suya, recordando que el patrimonio no es únicamente aquello que contemplamos, sino también las historias que somos capaces de conservar y transmitir.

♦
III

CAPÍTULO 3

La Ermita de los Santos Abdón y Senén

Del lugar de oración al Museo del Arroz

ENTRE los arrozales del norte de Cullera, en un pequeño roquedo de la montaña de les Raboses desde el que se domina el sur del Parque Natural de la Albufera, se encuentra un edificio que forma parte de la memoria de la ciudad. Quien lo visita hoy descubre el Museo del Arroz, pero durante mucho tiempo fue una ermita dedicada a los Santos Abdón y Senén, protectores de las cosechas y muy venerados por los agricultores valencianos.

Su ubicación no fue casual. Se levantó en la partida de San Salvador, en el corazón de una zona íntimamente ligada al trabajo del campo y al cultivo del arroz, una actividad que transformó la economía, el paisaje y la forma de vida de generaciones de cullerenses.

UNA ERMITA AL SERVICIO DE LOS AGRICULTORES

La antigua ermita fue construida para atender espiritualmente a quienes trabajaban en la huerta y en los arrozales cercanos. En una época en la que las cosechas dependían por completo del clima, las plagas y el agua del río, la protección de los santos tenía un profundo significado.

Los agricultores acudían a pedir lluvias cuando escaseaban, buen tiempo durante la maduración del arroz y protección frente a las tormentas que podían destruir en pocas horas el trabajo de todo un año.

La devoción a Abdón y Senén estaba profundamente arraigada en Cullera, como en muchas otras poblaciones agrícolas de la Comunidad Valenciana. No en vano, todavía hoy se la conoce popularmente como la ermita dels Sants de la Pedra, y cada 26 de julio los vecinos suben hasta ella en romería para honrar a sus patronos.

¿QUIÉNES FUERON ABDÓN Y SENÉN?

Según la tradición cristiana, Abdón y Senén fueron dos nobles de origen oriental que vivieron durante el siglo III. Convertidos al cristianismo, sufrieron persecución durante el Imperio romano y fueron martirizados por negarse a renunciar a su fe.

Con el paso de los siglos se convirtieron en patronos de los agricultores y protectores de los campos frente al granizo, las tormentas y otras inclemencias meteorológicas.

En muchos pueblos valencianos todavía son conocidos cariñosamente como els Sants de la Pedra, porque se les invocaba para proteger las cosechas del pedrisco.

UN EDIFICIO QUE CRECIÓ CON EL TIEMPO

El edificio que hoy conocemos es fruto de siglos de transformaciones. La ermita original, de planta alargada, cubierta a dos aguas y suelo empedrado, se levantó en el siglo XIII y fue ampliada en el XVII con la construcción de una ermita más moderna junto a la primitiva.

Durante un tiempo ambas construcciones convivieron como edificios independientes, hasta que acabaron uniéndose en un mismo conjunto. La parte más antigua pasó entonces a convertirse en la vivienda del ermitaño, encargado de cuidar el templo y de acoger a quienes llegaban hasta él tras la dura subida desde los arrozales.

DEL CULTO A LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO

Con el paso del tiempo, la ermita perdió su función religiosa. Sin embargo, lejos de desaparecer, encontró una nueva vida como sede del Museo del Arroz de Cullera, tras una completa restauración que también habilitó la antigua casa del ermitaño como espacio museístico.

La transformación del edificio permitió conservar una parte importante del patrimonio local y explicar cómo el cultivo del arroz cambió para siempre la historia del municipio.

Hoy el visitante puede recorrer sus salas y descubrir herramientas tradicionales, maquinaria agrícola, fotografías antiguas y el proceso completo del cultivo, desde la preparación de los campos hasta la recolección del grano, además de talleres interactivos y audiovisuales que también acercan al público la gastronomía del arroz, con la paella como gran protagonista.

Así, el edificio continúa cumpliendo una misión cultural y educativa, manteniendo vivo el recuerdo de quienes trabajaron durante generaciones en la marjal.

EL ARROZ Y LA IDENTIDAD DE CULLERA

Hablar de esta ermita es también hablar del arroz.

Las aguas del río Júcar y la proximidad de la Albufera hicieron posible el desarrollo de uno de los paisajes agrícolas más importantes del Mediterráneo. Durante siglos, cientos de familias vivieron del arroz, transmitiendo conocimientos y tradiciones de padres a hijos.

El edificio recuerda que la historia de Cullera no puede entenderse sin sus campos, sus acequias y el esfuerzo de quienes los cultivaron.

UN LUGAR DONDE SE UNEN FE Y TRABAJO

La antigua ermita representa la unión entre la espiritualidad y la vida cotidiana.

Los agricultores acudían a rezar antes de volver al campo, confiando el fruto de su trabajo a los Santos Abdón y Senén. La oración y el esfuerzo caminaban juntos.

Hoy esa misma construcción sigue hablando del trabajo, aunque desde una perspectiva histórica y cultural.

◆ Para el caminante ◆

Cuando abandones esta antigua ermita, dedica unos minutos a contemplar, desde su mirador, la inmensidad de los arrozales y el sur de l'Albufera.

Se llega hasta ella por la carretera de Valencia a Cullera, a la altura del kilómetro 33, junto al parque acuático Aquapolis. Desde el aparcamiento, un camino con una pendiente pronunciada —equivalente a subir un edificio de seis plantas— conduce hasta la cima del roquedo, por lo que conviene afrontar la subida con calma y buen calzado.

Piensa en las miles de personas que, durante siglos, encontraron aquí un lugar para pedir esperanza antes de regresar a sus campos.

La antigua Ermita de los Santos Abdón y Senén nos recuerda que el patrimonio no solo se construye con piedra. También se construye con el esfuerzo de quienes trabajaron la tierra y con la memoria de un pueblo que nunca ha olvidado sus raíces.

◆
IV

CAPÍTULO 4

La Ermita de Sant Llorenç

La ermita que también vigilaba el camino

EN la ladera de la montaña de Cullera, siguiendo uno de los antiguos caminos que conducían al castillo, se levanta la Ermita de Sant Llorenç, una de las más antiguas del municipio, datada en el siglo XVI. A primera vista parece un pequeño templo rural, pero una observación más detenida revela que es mucho más que eso.

Sus gruesos muros y la presencia de aspilleras, estrechas aberturas verticales utilizadas para la defensa, nos hablan de un edificio preparado no solo para el culto, sino también para proteger a quienes se refugiaban en su interior y vigilar el paso por este sector de la montaña.

Esta singularidad convierte a Sant Llorenç en una de las ermitas más interesantes de Cullera.

UN LUGAR ESTRATÉGICO

La ermita fue construida en un punto de gran importancia. El antiguo camino que pasaba junto a ella era utilizado desde hace siglos por vecinos, agricultores y viajeros que se desplazaban entre las diferentes partidas del término.

Su situación permitía controlar este paso y ofrecía un refugio seguro en tiempos de incertidumbre. Las aspilleras conservadas en sus muros son el mejor testimonio de esa función defensiva.

No era una fortaleza, pero sí un edificio preparado para responder a las necesidades de una época en la que los ataques por mar y la inseguridad eran una realidad frecuente en la costa valenciana. Su emplazamiento, sobre una pequeña elevación, también la protegía de las inundaciones de la balsa junto a la que se levanta.

LA VIDA EN LA ERMITA

Como ocurrió en otras ermitas de Cullera, Sant Llorenç contó durante años con un ermitaño que cuidaba del edificio y atendía a quienes llegaban hasta él. La ermita y la casa del ermitaño formaban un mismo conjunto, comunicado por el interior y con una chimenea propia en el tejado.

Su misión consistía en mantener la ermita, conservar las imágenes, tocar la campana en las celebraciones y ofrecer hospitalidad a los caminantes.

La figura del ermitaño formó parte del paisaje humano de Cullera durante siglos y fue esencial para conservar estos pequeños templos.

LA FONT SANTA Y SAN VICENTE MÁRTIR

En uno de los laterales de la ermita se conserva un pozo que le da su otro nombre popular: la Font Santa. Este nombre está unido a la tradición que vincula el lugar con San Vicente Mártir, cuyo cuerpo, según la leyenda, fue hallado en estas tierras tras ser arrojado al mar en Valencia. Esa asociación con el hallazgo del cuerpo del santo explica por qué el manantial de la ermita pasó a conocerse como «santo» y por qué Sant Llorenç comparte, junto a su propia advocación, esta huella de la devoción vicentina tan extendida en el término de Cullera.

¿QUIÉN FUE SAN LORENZO?

San Lorenzo fue uno de los siete diáconos de la Iglesia de Roma durante el siglo III. Era el encargado de administrar los bienes de la comunidad cristiana y ayudar a los pobres.

Durante la persecución del emperador Valeriano fue arrestado y obligado a entregar los tesoros de la Iglesia. Lorenzo presentó ante las autoridades a los pobres, los enfermos y los necesitados, afirmando que ellos eran el verdadero tesoro de la Iglesia. Por este gesto fue condenado al martirio. La tradición cuenta que murió sobre una parrilla de hierro al rojo vivo, motivo por el que este instrumento aparece siempre en su iconografía.

Su valentía y fidelidad lo convirtieron en uno de los santos más venerados del cristianismo.

UNA ARQUITECTURA SENCILLA CON RASGOS ÚNICOS

La Ermita de Sant Llorenç responde a la arquitectura popular valenciana, de líneas sobrias y sin grandes elementos ornamentales. Está construida en mampostería encalada, con sillares de piedra en los laterales y un tejado a dos vertientes, y fue rehabilitada a comienzos del siglo XXI.

Sin embargo, las aspilleras que todavía conserva le otorgan un carácter excepcional. Son un recuerdo visible de una época en la que la defensa del territorio y la práctica religiosa convivían en un mismo edificio.

En su interior se conserva además uno de los pocos retablos barrocos del siglo XVII de la comarca, con columnas de estilo churrigueresco. Pocas ermitas de Cullera conservan un elemento tan singular.

SANT LLORENÇ HOY

Con el paso de los siglos, la ermita ha seguido siendo un símbolo del patrimonio histórico de Cullera. A escasos metros se levanta el antiguo Cuartel de Carabineros, construido en 1891 para dar servicio a la vigilancia que estos ejercían sobre la propia ermita, aunque hoy no puede visitarse.

Cada 10 de agosto, festividad de San Lorenzo, los vecinos del Mareny de Sant Llorenç rinden homenaje a su patrón con una misa en la ermita que da nombre al núcleo.

Su valor no reside únicamente en su antigüedad, sino también en la historia que encierran sus muros. Cada piedra recuerda el esfuerzo de quienes la levantaron, la cuidaron y la conservaron para que hoy forme parte del recorrido de Les 6 Ermites de Cullera.

◆ Para el caminante ◆

Cuando contemples las aspilleras de Sant Llorenç, imagina por un momento a quienes, hace siglos, vigilaban desde este lugar el camino y el territorio.

El entorno, integrado en el parque natural de l'Albufera junto a la bassa de Sant Llorenç, es también un espacio de gran valor ambiental, humedal de paso para aves migratorias entre naranjales y huertos.

La ermita nos enseña que la historia de Cullera no solo se escribió en el castillo. También quedó grabada en estos pequeños edificios, donde la fe, la vida cotidiana y la necesidad de proteger a la población convivieron durante generaciones.

Sant Llorenç es un ejemplo de cómo un lugar aparentemente sencillo puede conservar, entre sus muros, siglos de historia.



CAPÍTULO 5

La Ermita dels Navarros

Fe, mar e historia en el Faro de Cullera

EN la vertiente oriental de la montaña de Cullera, muy cerca del faro y con el Mediterráneo como horizonte, se encuentra una de las ermitas más singulares del municipio: la Ermita dels Navarros. Su nombre oficial es Ermita de la Virgen del Carmen, aunque despierta la curiosidad de quien la visita, pues el apelativo popular con el que ha llegado hasta nuestros días no hace referencia a un santo ni a una antigua partida rural, sino a las personas que hicieron posible su construcción.

La historia de esta ermita nos traslada a finales del siglo XIX, cuando Cullera vivía un periodo de importantes obras públicas. La construcción del puerto atrajo a numerosos trabajadores especializados procedentes de Navarra, dirigidos por el empresario Nazario Carriquiri, banquero, ganadero e industrial de origen navarro que ya en 1851 figuraba como contratista de las obras del muelle del puerto de Valencia, y cuya trayectoria en el sector portuario lo llevó también a las obras de Cullera. Aquellos hombres, lejos de su tierra y de sus familias, quisieron levantar un lugar donde reunirse para rezar y mantener vivas sus devociones.

Así nació la Ermita dels Navarros, un pequeño templo que, con el paso del tiempo, se integró plenamente en la historia y en el patrimonio de Cullera. Todo apunta a que su construcción fue simultánea a la del cercano Faro de Cullera, que entró en funcionamiento el 1 de agosto de 1858.

EL ORIGEN DE SU NOMBRE

Los vecinos comenzaron a referirse a aquel pequeño templo como la ermita dels Navarros, porque había sido construida por los trabajadores navarros que participaban en las obras del puerto. Con el tiempo, este nombre popular —junto con el de San Fermín de los Navarros— terminó imponiéndose incluso al oficial.

Con el paso de los años, el nombre popular terminó imponiéndose al oficial y ha llegado hasta nuestros días como recuerdo permanente de aquellos hombres que dejaron una huella imborrable en la ciudad.

Es un caso poco habitual, ya que el nombre de la ermita no procede de una advocación religiosa, sino del origen de quienes la levantaron.

TRES IMÁGENES, TRES DEVOCIONES

Uno de los aspectos que hace única a esta ermita es que en su interior conviven tres advocaciones profundamente queridas.

La Virgen del Carmen

La imagen principal es la Virgen del Carmen, patrona de los marineros y de todas las personas que viven del mar.

Su presencia resulta natural en una ermita situada junto al Mediterráneo. Desde hace generaciones, pescadores y familias vinculadas a la navegación han acudido a encomendarse a ella antes de salir a la mar y a darle gracias por su protección. Cada mes de julio, su festividad recuerda la estrecha relación entre Cullera y el mar.

San Fermín

La segunda imagen es San Fermín, patrón de Navarra.

Su presencia constituye el mejor homenaje a los trabajadores navarros que levantaron la ermita. Ellos trajeron consigo la devoción a su santo patrono y quisieron dejarla para siempre en el lugar donde desarrollaban su trabajo. Gracias a esta imagen, la ermita mantiene vivo el vínculo histórico entre Cullera y aquellos hombres que participaron en una de las obras más importantes de la ciudad.

Santa Gema Galgani

La tercera imagen corresponde a Santa Gema Galgani, una joven italiana nacida en 1878. Desde muy pequeña sufrió enfermedades y grandes dolores físicos que aceptó con una profunda fe. Su vida estuvo marcada por el sacrificio, la oración y la entrega a Dios, falleciendo con tan solo veinticinco años.

Su ejemplo de fortaleza ante el sufrimiento hizo que su devoción se extendiera rápidamente, llegando también a Cullera, donde ocupa un lugar de honor en esta ermita.

UN TEMPLO SENCILLO Y SINGULAR

El edificio, de reducidas dimensiones, se levanta sobre un profundo desnivel y responde a una planta de cruz griega, con dos saledizos laterales que albergan los altares donde reposan las imágenes de San Fermín y Santa Gema. Está construido en mampostería enfoscada y encalada, con un cuerpo central más elevado cubierto por un tejado piramidal y unos laterales a tres aguas rematados con amplios aleros.

En su origen, la fachada lucía una sencilla espadaña sin campana. Tras permanecer cerrada y en progresivo deterioro durante más de cuarenta años, la ermita fue restaurada por completo en 2007 a expensas de un veraneante de la zona, y reabrió al culto con la bendición del arzobispo de Valencia el 15 de septiembre de ese mismo año.

UNA ERMITA LIGADA AL MAR

A diferencia de otras ermitas del municipio, profundamente relacionadas con la agricultura o con los antiguos caminos de la montaña, la Ermita dels Navarros está íntimamente unida al mar.

Su proximidad al faro y al puerto recuerda el esfuerzo de quienes trabajaron en un entorno duro, expuesto al viento y al oleaje, contribuyendo al desarrollo de la Cullera moderna. Cada piedra del edificio habla del sacrificio de aquellos obreros y de la esperanza que encontraron en la fe.

UN SÍMBOLO DE ENCUENTRO

Con el paso de los años, la ermita dejó de pertenecer únicamente a los navarros para convertirse en patrimonio de todos los cullerenses.

Hoy continúa siendo un lugar de recogimiento y una parte esencial de la historia del Faro de Cullera. Quien la visita descubre que los grandes monumentos no siempre son los más importantes; a veces, un pequeño edificio es capaz de conservar la memoria de toda una comunidad.

◆ Para el caminante ◆

Cuando llegues a la Ermita dels Navarros, detente unos instantes y contempla el mar.

Se accede a ella desde el final del Paseo de la Farola, tomando la calle Ermita-Torre del Cap, o bien desde la primera plaza de la pedanía del Faro, subiendo la escalinata que pasa junto a la Cueva del Dragut. El templo no permanece abierto de forma habitual, por lo que quien desee visitar su interior debe solicitar cita previa en la Parroquia de la Sangre de Cristo de Cullera.

Imagina a aquellos trabajadores llegados desde Navarra que, lejos de su hogar, encontraron en este lugar un espacio para rezar, compartir sus esperanzas y mantener vivas sus raíces.

La Ermita dels Navarros es mucho más que un templo. Es el símbolo del encuentro entre dos tierras: Navarra y Cullera, unidas para siempre por el trabajo, la fe y la voluntad de construir un futuro mejor.

◆
VI

CAPÍTULO 6

La Ermita de Santa Marta

La ermita que mira al Mediterráneo

EN uno de los rincones más bellos y silenciosos de la montaña de Cullera, rodeada por el bosque mediterráneo y con la inmensidad del mar como horizonte, se encuentran los restos de la Ermita de Santa Marta.

No es la más grande, ni la mejor conservada, pero probablemente sea la que transmite una mayor sensación de paz. Quien llega hasta ella comprende enseguida por qué los antiguos ermitaños eligieron este lugar para vivir alejados del ruido del mundo. De hecho, se trata de la única ermita rupestre de toda la provincia de Valencia, excavada y enclavada en la propia roca de la montaña, una singularidad que la distingue del resto de ermitas culleranas.

Aquí no domina el paisaje el río ni la huerta. Desde Santa Marta la mirada se pierde sobre el mar Mediterráneo, que acompaña al caminante con su luz y su inmensidad.

UNA ERMITA NACIDA EN LA MONTAÑA

Los restos conservados indican que la ermita existía ya en el siglo XIV, aunque este lugar era conocido mucho antes como refugio natural.

La tradición recoge que en 1538 ya vivía aquí un ermitaño, aprovechando la concavidad de la roca como lugar de retiro, oración y silencio. Fue algo más tarde, ya en el siglo XVI, cuando la Iglesia decidió formalizar y sacralizar aquel lugar de culto espontáneo, estableciendo oficialmente la ermita tal y como hoy la conocemos.

Aquel pequeño santuario fue creciendo con el paso del tiempo hasta convertirse en uno de los espacios de mayor espiritualidad de la montaña de Cullera.

Para llegar hasta allí, el caminante debe partir del Camping Santa Marta, situado a un kilómetro de Cullera y a unos dos kilómetros del Faro. Desde allí parte un sendero ascendente de aproximadamente

860 metros que discurre junto al barranco de Santa Marta, remontando la falda de la montaña entre pinos y matorral mediterráneo hasta alcanzar la cueva donde se abre la ermita.

LA ERMITAÑA DE SANTA MARTA

Una de las particularidades de Santa Marta es que no solo estuvo cuidada por ermitaños.

Durante parte de su historia también vivió aquí una ermitaña, encargada de conservar el templo, mantener limpio el recinto, atender a los visitantes y cuidar la imagen de la santa. Junto a la propia ermita se conserva todavía el espacio que ocupó su vivienda, y en el interior del recinto religioso puede verse un altar labrado en piedra y un manantial que brota de la propia roca.

Su vida era sencilla y exigente. El aislamiento de la montaña requería fortaleza, constancia y una profunda vocación de servicio. Gracias a personas como ella, la ermita permaneció viva durante generaciones y llegó a convertirse en un lugar muy querido por los cullerenses.

La figura de aquella ermitaña forma parte de la memoria de este lugar y representa el papel silencioso de tantas mujeres que dedicaron su vida a conservar el patrimonio religioso.

¿QUIÉN FUE SANTA MARTA?

Santa Marta era hermana de María y de Lázaro, amigos íntimos de Jesucristo. Los Evangelios la presentan como una mujer trabajadora, hospitalaria y siempre pendiente de atender a quienes llegaban a su casa de Betania. Jesús la quiso especialmente y visitó su hogar en numerosas ocasiones.

También estuvo presente en uno de los episodios más conocidos del Evangelio: la resurrección de su hermano Lázaro.

Por su ejemplo de entrega y servicio, Santa Marta es considerada patrona de las personas dedicadas a la hospitalidad y al cuidado de los demás.

LA LEYENDA DE LA VIRGEN DEL CASTILLO

La tradición popular sitúa en las proximidades de esta ermita uno de los relatos más queridos de Cullera.

Cuenta la leyenda que un pastor de Utiel, que apacentaba su rebaño precisamente en la barrancada de Santa Marta, escuchó un extraño ruido junto a una peña cercana a una cueva. Al acercarse, encontró dos imágenes de la Virgen: una de ellas incompleta, a la que le faltaba un brazo. Aquella fue la que entregó a Cullera, mientras que la imagen completa se la llevó a su parroquia de Utiel. Pero al abrirse el culto en ambos templos al día siguiente, ambas imágenes habían aparecido intercambiadas de pueblo, de forma milagrosa. Desde entonces, la tradición considera este lugar como el escenario del hallazgo de la imagen de la Mare de Déu del Castell, patrona de Cullera.

EL PASO DEL TIEMPO

La imagen de Santa Marta desapareció durante la Guerra Civil y, con ella, se perdió la tradicional romería que cada 29 de junio reunía a numerosos vecinos.

Hoy únicamente permanecen los restos de la ermita, pero el lugar conserva intacta su fuerza. El silencio, el bosque mediterráneo y la presencia constante del mar siguen ofreciendo al visitante la misma serenidad que buscaron los antiguos ermitaños. En la actualidad el acceso al interior de la cueva está protegido por una valla, por lo que la visita más completa al recinto —incluida la antigua vivienda de la ermitaña— solo es posible a través de rutas guiadas.

◆ Para el caminante ◆

La ruta de Les 6 Ermites de Cullera termina aquí, donde el sendero se encuentra con la historia y el mar.

Santa Marta nos recuerda que el patrimonio no siempre se mide por el estado de conservación de un edificio. A veces, unas pocas piedras son suficientes para mantener viva la memoria de un pueblo.

Cuando abandones este lugar, vuelve la vista hacia el Mediterráneo. Es el mismo horizonte que contemplaron durante siglos los ermitaños y la ermitaña que hicieron de esta montaña su hogar.

Quizá ese sea el mayor legado de Santa Marta: enseñarnos que, en medio del silencio de la naturaleza, también se escribe la historia.

EPÍLOGO

Al llegar a la última página de este libro termina la lectura, pero no el camino.

Las seis ermitas de Cullera son mucho más que seis edificios repartidos por el término municipal. Cada una representa una parte de la historia de nuestra ciudad. Han sido testigos del paso de los siglos, de épocas de prosperidad y de dificultad, de la fe sencilla de nuestros antepasados y de la vida cotidiana de agricultores, pescadores, ermitaños, ermitañas, marineros y vecinos que encontraron en ellas un lugar de esperanza.

Sant Vicent Ferrer nos habla de los orígenes del Brosquil y de la transformación de un humilde oratorio en el corazón espiritual de una comunidad.

Santa Ana nos recuerda que una antigua torre defensiva puede convertirse en un lugar de paz y oración.

Los Santos Abdón y Senén mantienen viva la memoria de la agricultura y del arroz, inseparables de la historia de Cullera.

Sant Llorenç conserva, entre sus muros y sus aspilleras, el recuerdo de un tiempo en el que la fe y la defensa del territorio caminaban de la mano.

La Ermita dels Navarros nos enseña cómo personas llegadas desde otra tierra dejaron una huella permanente en Cullera a través de su trabajo, su esfuerzo y su devoción.

Y Santa Marta, silenciosa frente al Mediterráneo, continúa recordándonos el valor del recogimiento, de la contemplación y de la vida sencilla que durante siglos llevaron los ermitaños y la ermitaña que cuidaron aquel lugar.

Este libro nace con un deseo muy claro: contribuir a que este patrimonio sea conocido, valorado y protegido. Solo aquello que se conoce puede llegar a apreciarse, y solo aquello que se aprecia se conserva para las generaciones futuras.

Esperamos que, cuando recorras la ruta de Les 6 Ermites de Cullera, ya no veas únicamente seis edificios históricos. Que en cada piedra descubras una historia, en cada sendero imagines a quienes caminaron antes que nosotros y que, al contemplar el mar, la montaña o la huerta, sientas el mismo orgullo por esta tierra que inspiró la realización de este libro.

El patrimonio de un pueblo no pertenece únicamente al pasado. También pertenece al presente y, sobre todo, al futuro.

Que estas páginas sirvan para mantener viva la memoria de las ermitas de Cullera y para que nunca se pierda el legado que nuestros antepasados nos confiaron.



Porque los caminos terminan...

...pero la historia de las ermitas de Cullera continuará mientras haya personas dispuestas a recorrerlas, conocerlas y amarlas.

«Caminar por estos senderos es también caminar por la memoria de nuestro pueblo.»

MARCELINO VALLS PONCE

Club Senderista Xino Xano de Cullera